

TAXI DRIVER

Martin Scorsese, 1976

Travis Bickle es un taxista de Nueva York, enfermo de soledad y de insomnio. Para llenar su tiempo trabaja toda la semana, día y noche, en los peores barrios. Aparte del taxi nada lo entretiene: no lee, no le gusta la música, no entiende el cine, ni siquiera le interesan los deportes. Su único contacto con la sociedad son los clientes que suben a su taxi y los habitantes del Bronx: furcias, macarras, maleantes, traficantes de drogas... Travis cree que alguien debería acabar con esa escoria. Una noche conoce a una prostituta de sólo trece años y decide que ha llegado la hora de pasar a la acción.

LA HISTORIA PASO A PASO

Noche. Un taxista llamado Travis Bickle recorre las calles de Nueva York.

Oficina. Travis solicita el turno de noche, no importa si en el Bronx, Harlem...

Diario: «Gracias señor por la lluvia que ha limpiado las calles de basura. Ahora trabajo muchas horas. Es agotador, pero no tengo tiempo para aburrirme. Por la noche salen bichos de todas clases: furcias, macarras, maleantes, traficantes de drogas... ¡Algún día llegará una verdadera lluvia que limpiará las calles de esta escoria!». Más adelante escribe: «Todos los días cuando encierro el coche tengo que limpiar de semen el asiento de atrás... y a veces incluso de sangre».

Travis acude a un cine porno. Su intento de entablar conversación con la taquillera es mal acogido. Escribe: «En realidad, lo que he necesitado siempre es una meta que alcanzar. No creo que uno deba consagrar su vida sólo al cuidado de uno mismo. También debe abrirse un poco a los demás». Este pensamiento le ha sido sugerido por la visión de una joven vestida de blanco: «Era como un ángel aparecido en medio de aquel sucio *mare magnum*. La suciedad no podía alcanzarla a ella». La chica ha entrado en la oficina electoral del senador Charles Palantine, candidato a la Presidencia. En el interior de la oficina un organizador se queja por teléfono de los botones recibidos. En ellos se dice: «Nosotros somos el pueblo». Debería ir subrayada la palabra «somos» y han subrayado la palabra «Nosotros». La chica alerta sobre la insistencia con que el taxista mira al interior de la oficina y el taxista huye.

Noche. Interior del taxi. Monótona sucesión de planos contador-semáforos.

Café Bilmore. Taxistas: el Mago, el Pasta... Hablan de maricas, putas, enanos... Travis, al que llaman Matador, no participa. Absorto, contempla la efervescencia de un alkaseltzer.

Oficina electoral. Travis se presenta a Betsy y se ofrece como colaborador. En realidad, es un pretexto para invitarla a tomar café: «Es usted la mujer más bonita que conozco. Creo que está muy sola. Y aunque está rodeada de gente, de teléfonos y de papeles, todo eso no significa nada para usted. He visto en sus ojos y en su manera de conducirse que no es una mujer feliz. Creo que le hace falta algo, y ese algo no es más que un amigo verdadero». La actitud de Travis despierta los celos de un compañero de Betsy, que no deja de merodear de un modo ridículo en una escena tan bien planificada que, pese a la presencia de los protagonistas en el primer plano, el espectador sigue las evoluciones del tipejo.

Cafetería. Voz en off: «26 de mayo. He llevado a Betsy a una cafetería...». Travis dice a Betsy que mientras hablaban en la oficina sintió un impulso entre ellos dos: «-¿Sintió usted lo mismo? –Si no no estaría aquí». La respuesta alienta en Travis un sentimiento de propiedad, manifestado por un arranque de celos hacia el compañero de Betsy, del que dice que es un inútil y un idiota. Antes de despedirse la invita al cine. Betsy dice que le recuerda una canción de Kris Kristofferson, que habla de un profeta e impostor. Travis no sabe de quién le habla.

Noche. Al taxi de Travis sube Palantine. Interpelado por el problema que más le preocupa, Travis responde: «Creo que debería limpiar un poco la ciudad, porque la verdad es que está hecha una cloaca, toda llena de basura y de gentuza. Hay veces que se me revuelven las tripas. La porquería está por todas partes. Yo creo que el Presidente debe limpiar bien este retrete y tirar de la cadena para que se vaya toda la mierda».

De nuevo el taxi libre. Sube una prostituta muy joven, una niña, pero antes de que Travis arranque llega su chulo y la hace bajar, dejando sobre el asiento un billete arrugado.

Travis, vestido de domingo, recoge a Betsy. Lleva el disco de Kristofferson. La verdad es que no entiende la música, pero alega que no lo ha podido escuchar por tener el tocadiscos estropeado, intentando escucharlo en casa de ella. La lleva al cine, una sala X que Betsy abandona ofendida. Travis se disculpa: «No sabía que esto la disgustara. No entiendo de cine». Betsy se despide bruscamente: «Somos muy distintos».

Travis llama por teléfono a Betsy, que declina sus invitaciones. También le envía flores, sólo porque sabe que otros lo hacen: «El olor de las flores es algo que no puedo soportar; me produce dolor de cabeza». Travis irrumpe en la oficina electoral y monta un escándalo ante Betsy: «¡Sepa usted que está en un infierno, y va a morir en ese infierno como todos los demás! ¡Usted es como todas!». Luego, escribe en su diario: «Ahora me doy cuenta de que ella es como las demás: fría y distante».

Noche. Un cliente en el taxi de Travis: «¿Ve usted esa luz en la ventana del segundo piso? ¿Ve la mujer que está allí? He querido que la viera porque es mi mujer. Pero ésa no es mi casa. ¿Sabe quien vive ahí? Un negro. ¿Qué le parece? Y yo voy a matarla. ¿Qué le parece? Voy a matarla con una pistola Magnum 44. ¿Ha visto alguna vez lo que puede hacer una Magnum con la cara de una mujer? Convertirla en puré. ¿Y tampoco ha visto lo que hace una 44 con el vientre de una mujer? Pues ahora lo verá».

Café Bilmore. Travis pide consejo al Mago, porque se siente asqueado y quiere hacer algo: «Tengo unas ideas negras en la cabeza». El Mago le explica que cuando uno toma un oficio, el oficio se apodera de uno. Travis no lo entiende y el Mago se excusa. «-Yo no soy Bertrand Russell, soy un simple taxista. Ni siquiera sé de qué me hablas. -Pues es que yo tampoco lo sé. -No te preocupes, todo se arreglará».

Casa de Travis. En la televisión, su única distracción, retransmiten una entrevista a Palantine.

Noche. Travis está a punto de atropellar a la joven prostituta. La sigue. Luego, escribe: «La soledad me ha perseguido durante toda mi vida. Por todas partes, en los bares, en los coches, en las aceras, en las tiendas, por todas partes. No tengo escapatoria. Soy un hombre solitario. 8 de junio. Mi vida ha vuelto a dar otro giro. Los días se suceden con monotonía, uno tras otros, ninguno de ellos se diferencia del anterior ni del siguiente. Son como eslabones de una cadena. Hasta que de repente surge el cambio».

Un traficante de armas ofrece a Travis su muestrario. Travis empuña las pistolas y apunta con ellas a la gente de la calle a través de la ventana. Se queda con todas. El mercader le ofrece drogas, que rechaza: «No me interesan esas porquerías». En su casa, Travis comienza a hacer ejercicios físicos. «29 de junio. Tengo que ponerme en forma. Tanto tiempo sentado me está deformando el cuerpo. Todos mis músculos volverán a ser fuertes». Prácticas de tiro. Cine porno: Travis apunta a la pantalla con un dedo. En casa, ensaya ante el espejo. Prepara un mecanismo para llevar una pistola oculta en el antebrazo. También llevará un cuchillo en la bota. Abre la cabeza de las balas con un cuchillo.

El equipo de Palantine espera la llegada del candidato. Travis se acerca a un guardaespaldas. Imita sus gestos, le pregunta por el arma que usa. El gorila le pregunta su dirección para enviarle un folleto, pero Travis le da una falsa. De vuelta a casa, ensaya el gesto de desenfundar: «Más rápido que tú, hijo de perra. Te he visto venir, borde. Bueno, aquí estoy, anda atrévete. Empieza tú. ¡Ni lo intentes, cabronazo! ¿Hablas conmigo? ¿Me lo dices a mí? ¿Es a mí? Entonces, ¿a quién demonios le hablas, si no es a mí? Aquí no hay nadie más que yo. ¿Con quién puñeta crees que estás hablando?» Voz en off: «Escuchad, imbéciles de mierda. Aquí hay un hombre que va a cortar por lo sano, que no va a permitir... Un hombre que va a hacer frente a la chusma, a la prostitución, a las drogas, a la podredumbre, a la basura... Que acabará con todo eso». Sigue ensayando: «¡Estás muerto!»

Noche. Estando Travis en un autoservicio entra un atracador. Travis lo mata de un disparo. El comerciante se hace cargo y Travis se marcha.

Casa de Travis. Mientras ve la televisión, juguetea con la Magnum.

Calle. Mitin de Palantine. Voz de Travis en off, redactando una postal: «Queridos padres. Tengo bien presente que en este mes de julio celebráis el aniversario de vuestra boda y el cumpleaños de mamá. Lamento no recordar las fechas exactas. También siento no poder enviaros mi dirección, pero es que el trabajo que desempeño para el Gobierno requiere el máximo secreto. Llevo varios meses saliendo con una chica de la que os sentiríais orgullosos si la conocierais».

Casa de Travis. Mientras ve la televisión, juega con la Magnum. Su pie apoyado en la mesita la hace balancear hasta que cae. El televisor estalla. Travis hace un gesto de estupor: «¡Mierda! ¡Todo es una mierda!»

Calle. Travis busca a la prostituta joven, que lo envía a Sport, su chulo. Luego van a la habitación, donde Travis intenta convencerla de que vuelva con sus padres y estudie en un instituto. La chica, que tiene 13 años y se llama Iris (ella prefiere que la llamen Fácil), rechaza su oferta. Quedan para comer juntos al día siguiente.

Restaurante. Iris y Travis, que trata de convencerla de que abandone la prostitución y regrese a la casa de sus padres. El diálogo está amañado al servicio de Travis: la parte de Iris es un mero apoyo a las ideas de su redentor: «¿Por qué quieres que vuelva con mis padres? Ellos me aborrecen. ¿Por qué crees que me fui de casa? –Sí, pero una chica debe estar en su casa. –¿No has oído hablar de la liberación de la mujer? –¡Tú eres aún una chiquilla y deberías estar en tu casa! Ir bien vestida, salir con un buen muchacho, estudiar en el instituto... Lo que hacen las chicas normales. –No fastidies, ¡qué anticuado! –¿Crees que es moderno eso que tú haces?, ¿ir con esos degenerados a los que vendes tu cuerpo por cuatro cuartos para dárselos a un chulo asqueroso? ¡Yo anticuado! ¡Tú eres la anticuada con el sucio oficio que tienes! Yo no me acuesto con un hatajo de asesinos y drogadictos. –¿Quién es un asesino? –Ese Sport o como se llame. –Sport no ha matado a nadie. – Claro que ha matado. Y también es un drogadicto. –Oye, Sport no me ha tratado mal, no me ha pegado nunca. –¡Es el sujeto más despreciable del mundo y alguien tiene que darle una lección! ¡Es la escoria de la tierra, es el más repugnante parásito que he visto!». Iris le propone acompañarla a Vernon. Travis rehusa. «No puedo. Tengo que hacer algo importante. Lo del taxi es una tapadera. Trabajo para el Gobierno...» Iris suelta la carcajada: «¿Quién tiene más fantasía, tú o yo?»

Taxi. Travis frente a la casa de citas. En el interior, Sport trata de convencer a Iris de que no se vaya: «No sabes cuánto te necesito. Sin ti estaría perdido». Bailan, la acaricia, la arrulla con su voz.

Travis. Prácticas de tiro. Ritual antes del combate: las botas bien limpias. En un sobre mete algún dinero para Iris y una nota de lectura póstuma: Travis prepara su encuentro con la muerte.

Calle. Mitin de Palantine. Travis entre el público. Se ha cortado el pelo como un iroqués. Cuando Palantine abandone el estrado deberá pasar junto a Travis, pero el movimiento de éste es tan torpe que llama la atención del escolta. Travis escapa.

Casa de Travis. Se enjuaga. Sus movimientos reflejan gran excitación.

Noche. El taxi se detiene ante el portal de Sport. Travis baja, provoca al macarra y le dispara a bocajarro. Luego va a la casa de citas. Se cruza con el casero y le dispara, volándole los dedos de una mano. El eco del disparo rebota por los pasillos hasta alcanzar la habitación donde Iris está con un cliente. A espaldas de Travis aparece Sport, herido, que le dispara, hiriéndolo en el cuello. Travis vuelve a disparar sobre Sport y sobre el casero, que no ha dejado de gritar amenazas. El cliente de Iris sale y dispara sobre Travis, que hace uso del arma oculta en el antebrazo para matar al nuevo rival. El moribundo entra dando tumbos en la

habitación. Tras él, Travis, seguido aún por el casero. Travis le clava el cuchillo y luego, con la pistola del cliente, le vuela los sesos. Finalmente, trata de quitarse la vida, pero ya no le quedan balas. Cuando llega la policía, Travis está recostado en un sillón. Levanta su mano ensangrentada y se la lleva a la frente, como si fuera un arma. Con la boca simula el sonido de tres disparos. Picado de la habitación seguido de un travelling del corredor y de las escaleras, todas las paredes y el suelo chorreando sangre. Picado del exterior del edificio: policía, curiosos.

Interior habitación. Recortes de prensa clavados en la pared: «Taxista combate con gánsters», «Un héroe a recuperar», «Los padres expresan su gratitud». Carta leída en off: «Querido Sr. Bickle. No acierto a expresarle la satisfacción que nos ha producido a mi mujer y a mí enterarnos de que ya se encuentra bien. Intentamos visitarle en el hospital cuando fuimos a Nueva York a recoger a Iris, pero usted aún seguía en estado de coma. Nunca podremos pagarle el habernos devuelto a nuestra Iris. Creíamos haberla perdido para siempre y ahora nuestras vidas han recobrado la alegría. No necesito decirle que usted es una especie de héroe legendario en esta casa. Estoy seguro de que deseará usted saber de Iris. Ha vuelto al instituto. Y está estudiando mucho. El cambio ha sido muy brusco para ella, como puede usted imaginar, pero hacemos todo cuanto está en nuestra mano para que nunca vuelva a huir de nuestro hogar. En fin, mi mujer y yo quisiéramos volver a darle las gracias desde lo más profundo de nuestros corazones. Lamentándolo mucho, no podemos ir otra vez a Nueva York para darle las gracias personalmente como hubiera sido nuestro deseo, pero si alguna vez viene usted a Pittsburgh, cuente con que nuestra casa está a su disposición y que en ella sería nuestro huésped más estimado. Con nuestro más sincero agradecimiento...»

Calle. Noche. Los taxistas de siempre. Travis tiene un servicio. Es Betsy. Él la mira sonriente y la felicita por el éxito de Palantine. Ella recuerda su intervención a favor de Iris y lo mira con cariño. Al llegar a casa de Betsy, ella espera que él suba. Pero él se marcha sin cobrarle la carrera. Travis es ahora la imagen de un buen chico.

NO TODOS LOS TARADOS SON FASCISTAS

Travis Bickle es un hombre escindido entre la candidez y la suspicacia, el servilismo y la osadía, la contención y el estallido. O sea, el producto normal de la sociedad en que vive. Lo que eleva su tensión interna hasta cotas de esquizofrenia es su incapacidad para asimilar las reglas de esa sociedad, en la que se siente desplazado y ajeno a todo.

Travis está siempre fuera de lugar. Su capacidad de discernimiento es nula. Su carencia de criterio estético, absoluta. No sólo no entiende de música o de libros, rasgo común de la mayoría de los hombres, es que ni siquiera le interesa el deporte. Si alguna vez va al cine es sólo porque ve que otros lo hacen, pero no saca nada mirando a la pantalla. Esto resulta evidente cuando lleva a Betsy a una sesión X. Con su acendrada castidad (ni se le ocurre rozar a la chica), Travis está tan fuera de lugar como su refinada acompañante.

Algunos críticos han calificado a Travis de fascista, lo cual es inexacto. Travis está más cerca del Quijote que de Mussolini. Que al uno se le secase el cerebro de tanto usarlo y al otro de lo contrario, no es significativo. Como tampoco lo es que Alonso Quijano vagase en campo abierto mientras que Travis Bickle surca cada noche un submundo hecho de «fucias, macarras, maleantes y traficantes de drogas». Lo que asocia los perfiles de ambos alucinados es su propósito de desfacer entuertos y la búsqueda de una mujer ideal ante la que rendir cuentas. Que la manera en que el taxista desfaca los entuertos lo asemeje a ese lumpen violento del que se nutren los ideólogos fascistas para formar sus tropas de base, es lo que confunde a los críticos. Pero aun aceptando que Travis pudiera integrarse en un grupo fascista si un verdadero líder requiriese sus servicios para limpiar la sociedad por medio de la violencia, cuesta imaginar que Travis sobreviviera al horror de las matanzas en función de la raza o del credo.

Distinta consideración merece Scorsese, cuya fascinación por la violencia, sí permite imaginar su brillante carrera bajo un régimen totalitario. En este film, Scorsese se convierte en comisionado de la violencia detrás y delante de la cámara. Detrás, como puede verse en la resolución de la historia, que luego se comentará; delante, interpretando él mismo al cliente que, desde el asiento trasero del taxi, sopla en la oreja de Travis (como la serpiente bíblica en la de Eva) su apología de la limpieza por la sangre, con palabras que se concretan en un mágico nombre: Magnum. En la escena consecuente se despliega un atractivo arsenal ante Travis. Por un momento, la cámara se desentiende de los actores y ofrece una toma larga y sensual del cañón de la Magnum mientras una voz canta las excelencias del arma. Aquí ya no hay traficante ni taxista, sino Scorsese y espectadores.

Volviendo a Travis. Su reacción ante las mujeres por las que se interesa, insultando a los hombres que las rodean; su insignificancia al lado del escolta; su pretensión de trabajar para el Gobierno en un intento de ocultar su mediocridad; su búsqueda ante el espejo de un perfil seguro, son todos rasgos acertadísimos del individuo mermado social y psíquicamente. A través de sus palabras sabemos que no entiende de música, ni de cine, ni soporta el aroma de las flores. La vida es un infierno. Para seguir en ella necesita ser súbdito de alguien. Es en esos momentos cuando Travis se aproxima al fascismo: «¡Algún día llegará una verdadera lluvia que limpiará las calles de esta escoria!», escribe en su diario. ¿A qué otra cosa se refiere

más que a un gobierno totalitario? Defraudado en su búsqueda de un líder de confianza, intuye que algo parecido les ocurre a Betsy y a Iris, y decide ofrecerse él mismo como líder. Pero si bien es cierto que ellas necesitan alguien de confianza, no lo necesitan a él. Al final, ni súbdito ni líder, Travis Bickle provoca la lluvia de sangre por su propia mano.

La estructura narrativa escrita por Schrader raya la perfección. El seguimiento de la trama a través del protagonista sólo se rompe en una ocasión, aquélla en que en el interior de la oficina electoral el político rechaza los botones con el eslogan equívoco. Las palabras con que Sport trata de convencer a Iris para que no se vaya deben ser interpretadas como fruto de la imaginación de Travis, que contempla la fachada del edificio desde su taxi.

Los personajes tienen un desarrollo impecable a lo largo de casi toda la historia. Alguna vez se le ve la mano al guionista, como en el diálogo entre Travis e Iris, en la cafetería, diálogo apañado al servicio de Travis: la parte de Iris es un mero apoyo a las ideas de su redentor. Pero, en general, cada gesto, cada palabra es creíble. Lástima que Travis no muera en la reyerta final, porque el desenlace feliz no encaja en una historia tan turbia como ésta.

De un modo metafórico, el principio del fin se produce cuando Travis rompe el televisor que le servía de apoyo. A partir de entonces, da por terminada su vida, aunque previamente debe hacer algo que la justifique. Le gustaría dar una dimensión épica a su sacrificio, pero esta pretensión resulta incompatible con su pequeñez. Tras su fracaso como magnicida, se refugia en un acto más acorde con su tamaño: el asesinato de macarras en un escenario cutre.

En ambos casos, Travis actúa como un fracasado. Su odio por el senador no tiene una raíz social ni política, sino sentimental; no nace de la frustración por la demagogia del político, sino del despecho por el rechazo de Betsy. Travis quiere cargarse a un candidato presidencial porque la chica en que ha puesto sus ojos forma parte de su equipo electoral. Y tampoco hay filantropía en su deseo de arrancar a Iris del fango en que está metida. De haber sido merecedor de Betsy, Iris sólo habría despertado su desprecio. Lo que ocurre es que, tras el rechazo de Betsy, se siente tan bajo como la niña prostituida, y cree que redimiéndola a ella se redime él mismo.

Consciente de que el mejor final, para él y para su historia, es el suicidio, Travis quiere quitarse la vida, pero se le niega esa salida haciendo que se le acaben las balas. Su intención queda plasmada cuando, con un gesto irónico y cansado, se apunta a la sien con el dedo ensangrentado y simula tres disparos con la boca en un plano antológico.

SOBRE LA PELÍCULA

Taxi driver tiene un aire ominoso ya desde el primer plano. En seguida, la mirada de Travis en el retrovisor, refuerza esa sensación. Durante varias escenas se anuncia el estallido a través de la taquillera borde, el comprimido de alka-seltzer o los redobles de caja. Pero, al mismo tiempo, surgen elementos esperanzadores. Tras la noche viene el día y, con él, la blancura virginal del vestido de Betsy.

Bernard Herrmann supo subrayar la esquizofrenia de Travis con alternancias de saxo y redobles de caja. Pero no pudo disfrutar el resultado final porque falleció al día siguiente de completar su trabajo.

Buena parte de la inusual calidad del film se debe al montaje de Tom Rolf y Thelma Schoonmaker. La sencilla sucesión de planos contador-semáforos contribuye del modo más eficaz a explicar la monotonía del trabajo de Travis; el eco del disparo de Travis, rebotando hasta llegar a la puerta de la habitación de Iris, sobrecoge más que la visión de la sangre...

El guion fue escrito a partir de los diarios íntimos de Arthur Bremer. Fue la primera colaboración de Martin Scorsese y Paul Schrader como director y guionista respectivamente. Después vendrían *Toro salvaje* (1980) y *La última tentación de Cristo* (1988).

El primer proyecto iba a ser dirigido por Robert Mulligan y protagonizado por Jeff Daniels.

Cannes le concedió la Palma de Oro. Jodie Foster fue nominada al Oscar a la mejor actriz de reparto. No lo obtuvo, pero sí el BAFTA a la nueva actriz más prometedora.

De Alicia ya no vive aquí:

“Sobre la precocidad de Jodie Foster debe de estar todo escrito. Aún no había cumplido tres años cuando protagonizaba un anuncio de Coppertone en el que un perro le bajaba las braguitas a saber con qué intenciones. Con once años Scorsese la convirtió en delincuente infantil en *Alicia ya no vive aquí*, y, dos años después, en niña prostituta en *Taxi driver*. Un fanático obsesionado con Jodie quiso imitar al taxista intentando asesinar al presidente Ronald Reagan en 1981.”

De Paul Schrader y su debilidad por el perdedor:

“A Schrader le interesan los personajes que fracasan familiar y socialmente. Sus héroes son tristes, solitarios y abocados al estallido violento contra la masa que no los admite. Y como el público no es otra cosa que esa masa, a menudo estos personajes tan antipáticos han dado un disgusto a sus directores: tras el éxito de *Único testigo*, Peter Weir y Harrison Ford volvieron a colaborar en *La Costa de los Mosquitos*, esta vez sobre un personaje de Schrader, y cosecharon un fracaso estrepitoso.

“En realidad, lo que incomoda al espectador estadounidense no son tanto las malas conductas como los malos resultados. Wade Whitehouse, protagonista de *Aflicción*, es un ser atormentado por su padre, por su jefe, por su matrimonio y hasta por un dolor de muelas. O sea, que en vez de un héroe es un pupas. Inadmisible. En

cambio Travis Bickle, protagonista de *Taxi driver*, actúa como un fascista, pero mata a sus enemigos, y eso le vale el reconocimiento popular y hasta una condecoración.

“Oliver Stone, nacido como Schrader en 1946, afirma: «Soy un hombre violento. Hay violencia dentro de mí desde que nací. Está en nuestros genes. Tenemos dientes, un cerebro de reptil, todas las herramientas de la guerra. Eso está en nuestro sistema». Schrader también se muestra explícito al mostrar la violencia de sus personajes como algo instintivo, atávico, aunque no renuncia a atribuir a la sociedad su parte de culpa. De hecho, suele ser la mala conducta de los otros la que da el empujoncito final a sus psicópatas. A Whitehouse lo rodea una trama de especulación y enriquecimiento turbio que actúa como detonante de su catarsis. A Travis Bickle lo asquea la prostitución y delincuencia que invade las calles. Cortinas de humo. Lo que en realidad mueve tanto a Whitehouse como a Bickle es su absoluta incompetencia para llevar una vida afectiva parecida a la de los demás. Whitehouse hace de su mejor amigo la cabeza de turco de una trama especuladora para ocultar su fracaso en el intento de crear una familia con más calor que la de su padre. Y el odio de Bickle hacia el senador no nace de la frustración por la demagogia del político, sino del despecho por el rechazo de Betsy. Quiere cargarse a un candidato presidencial sólo porque la chica en que ha puesto sus ojos forma parte de su equipo electoral. Y tampoco hay filantropía en su deseo de arrancar a Iris del fango en que está metida. De haber sido correspondido por Betsy, Iris sólo habría despertado su desprecio. Pero tras su fracaso con Betsy, se siente tan bajo como la niña prostituida, y cree que redimiéndola a ella se redimirá a sí mismo.

“El marginado social puede serlo por diferentes razones. Wade Whitehouse y Travis Bickle son las versiones rural y urbana del mismo individuo, primario, instintivo: un tarado. En cambio Allie Fox, protagonista de *La Costa de los Mosquitos*, es un hombre elevado, de cultura e imaginación superior a la de cuantos lo rodean: un visionario. Es un inventor marginal, como el padre de *Gremlins*, pero no implora un reconocimiento; es aventurero, como Indiana Jones, pero no vence a sus enemigos; se aparta de la civilización, como la Dra. Fossey, pero no muere por ninguna causa. Su peripecia es un delirio como de personaje de Herzog (Aguirre o Fitzcarraldo), aunque, a diferencia de ellos, no persigue una ambición personal: sólo huye, en una búsqueda de un tiempo anterior que lo aproxima al Quijote, y que, como a éste, cuerdo en un mundo de locos le hace perder la razón (Chesterton decía que la aventura puede ser loca pero el aventurero no).”

REPARTO

Travis Bickle	Robert de Niro
Iris Steensma	Jodie Foster
Tom	Albert Brooks
Betsy	Cybill Shepherd
Charles Palantine	Leonard Harris
Matthew "Sport"	Harvey Keitel
Mago	Peter Boyle
Pasajero	Martin Scorsese

Otros films de Martin Scorsese

- [Alicia ya no vive aquí \(1974\)](#)
- [Toro salvaje \(1980\)](#)
- [Uno de los nuestros \(1990\)](#)